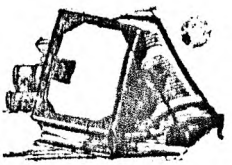
LA GLORIA

PEQUEÑO POEMA EN DOS CANTOS

POR

MANUEL ACUÑA



Edicion de La Nacion.

MEXICO
VALLE HERMANOS, IMPRESORES
Cal de la Perpetua núm. 10

1873

LA GLORIA

CANTO PRIMERO

LA CABEZA SIN CORONA

Como decir veinte años es lo mismo
Que decir corazon, ternura, amores,
Arranques, heroismo,
Cielos, celajes, pájaros y flores,
Y á falta de otros útiles mejores
Tener para salvar cualquier abismo
Las alas del lirismo,
Que si no son muy buenas no son malas
Porque al cabo y al fin siempre son alas,
Ya que de comenzar entre dos modos
Tengo por fuerza que escojer alguno
No pudiendo á la vez usar de todos,
A fin de no pecar por importuno,
Y lo que fuera peor, por indijesto,
Ya que en esto me auxilia la memoria

Que no siempre me auxilia como en esto,
Seguro de que todo lo reuno,
Diré que Pablo el héroe de esta historia
Se hallaba entre los veinte y los veintiuno
Al dar principio al poema de la gloria.
Así es que aun que muy alta
La bohardilla en que vive y aunque pobre,
Porque si tiene mucho que le falta,
No tiene en cambio nada que le sobre,
El muchacho contento en su pobreza
Desde el oscuro fondo de su pieza,
Si sabe que hay un mundo es solamente
Porque así lo ha aprendido de la gente,
Pues él con otro mundo en la cabeza
De su bendita edad bajo la calma,
No cree que exista mas naturaleza.
Que la que todo jóven lleva en su alma.

II.

Pobre razonamiento
Que arrastrando en su vuelo al sentimiento,
De esperanzas orígen tan fecundo,
Hace que el hombre triste,
Desconozca este mundo donde existe
Hasta l' hora de entrar al otro mundo....

Pues aunque esos rateros
Que en español se llaman desengaños
Lo dejen de ilusiones casi en cueros,
Sin que haya una ilusion que no le roben,
El, en medio de propios y de extraños
Sostendrá con sus ciento y pico de años
Que l' alma es siempre nueva y siempre jóven.

III.

Pablo, apartado por la negra ausencia
Del dulce hogar donde la luz del dia,
Vió por la vez primera en la existencia,
Siente frecuentemente
Esa vaga y letal melancolía
Del que tiene una madre y en su frente
No puede recibir porque está ausente
Los besos que su madre le daria;
Vé á su padre muy lejos
A través de unos cielos muy oscuros,
Y estrañando su voz y sus consejos
Halla que, visto bien, no eran tan duros.
Los que él llamaba *achaques de estos viejos*;
Recuerda á sus hermanos
Con quienes en las horas del cariño
Jugaba esos mil juegos soberanos,

Que ocupan en la edad en que uno es niño
La alma al dormir y al despertar las manos...
Y pensando en todo esto
Que por haber pasado le parece
Mas bonito y mas triste por supuesto,
Se aflije, languidece,
Y para hacer mas rápido y mas pronto
El término que falta á su carrera,
Se levanta, y despues de—Soy un tonto—
Coje el libro y estudia una hora enterra.
Y estudia.... y dan las dos de la mañana
Que lo encuentran despierto,
Y dan las tres y con el libro abierto
Lo sorprende la luz por la ventana....
Pues aunque Pablo sabe
Que no hay fuerza ó vigor que no se acabe
Cuando se abusa mas de lo debido,
Ve que su aliento juvenil se agosta,
Y arrojando esa máxima al olvido,
Sigue siempre lo mismo, decidido
A ser un hombre sabio á toda costa.

IV

Mas no vaya á pensase que esto es todo
Lo que hace que él trabaje de este modo....
Pues queda y falta por decir, que Elena,
Que es muy hermosa y ademas muy buena,
Le dijo el otro dia
Que le gustaba mucho la poesía,

Y que si amarle más posible fuera,
Aun más de lo que le ama le amaria
Si él supiera decir lo que sentia
De la misma manera
Que un poeta cualquiera
Tratando de decirlo lo diria.
Y como Pablo, en cuanto á Elena toca
Nunca ha sabido desplegar la boca
Mas que para rendirse á sus antojos,
Ha visto en la mirada de sus ojos
Que de ahí en adelante
Si ha de decirles á sus labios—rojos—
Tendrá para encontrar el consonante
Que ponerse de hinojos,
Y queriendo agradarla á cualquier precio,
Aunque nunca jamas ha escrito una oda,
Por no hacerse acredor á su desprecio,
Pensó en una oda y escribió tan recio
Que en menos que lo digo la hizo toda.

V.

La oda no era muy buena
Como es fácil pensarlo; pero Elena
Que se oia llamar la mas hermosa
De todo el universo

Y esto no en simple prosa sino en verso,
Lo cual como se vé ya es otra cosa,
Radiante de alegría,
Propuso que la prosa
Abolida por siempre quedaria
En cuantas cartas él la escribiria;
Y Pablo, que no hay modo de que pueda
Resistirse á un capricho de su amada,
Tras de—la prosa queda desterrada—
No supo mas que contestar—pues queda.
Y así con la alma henchida
De ternura y pasion por su querida,
La escribe diariamente
Una carta de dos ó de mas hojas,
Donde forzosamente
Hay muchas frases débiles y flojas
Pero en cambio tambien y derrepente
Alguna que por nueva y por valiente
Recuerda á los Quintanas y los Riojas.
Pues Pablo en fuerza de escribir cuarteta:
Y de educar el gusto y el oido,
Ha conseguido al fin ser aplaudido,
Y al nombre y apellido de otros poetas
Ver agregar su nombre y su apellido.

VI.

Y esto, que el pobre mozo
Se encontró con grandísimo alborozo
Cierta vez que un periódico leia,

Se lo enseñó á su amada
Con mucho del rubor y la alegría
Del que por vez primera,
Mira una *cosa* suya publicada
Cuando ha sido además acompañada
De una lisonja ó de una flor cualquiera.
Cuán cierto es que la gloria
Brotando de la cosa mas sencilla,
Toma las formas de lo real y brilla
De l' ambicion en la óptica ilusoria
Con dos líneas ó tres de gacetilla
Que allá en la soledad de una bohardilla
Se aprenden muchas veces de memoria.

VII.

Llena de regocijo
Por la prueba de amor que le presenta
Quedó Elena con ella tan contenta
Que queriendo hablar mucho nada dijo,
Mas si no pudo hablar porque su boca
No estaba en aquel punto para eso,
En cambio le abrazó como una toca
Y le dió de su dicha en un exceso
Que casi casi en la demencia loca,
Un beso de esa especie que provoca
A hacer interminable cada beso.

VIII.

Pablo, que en la pasion en que se ardia
Por la graciosa Elena

Al pensar en el beso de aquel dia
No acertaba á encontrar ni comprendia
Que pudiera existir cosa mas buena,
Henchido de esperanzas y risueño
Como aquel que no lleva en su memoria
Ni aun la sombra del duelo mas pequeño,
Al entregarse aquella noche al sueño
No soñó en otra cosa que en la gloria.
Sobre su altiva frente
Brillaba inmarcesible y refuljente
La corona inmortal de la victoria;
Y entre el inmenso aplauso que la gente
Alzaba victoreándole á su vista,
Con esa buena fé de todo artista
Que se siente muy grande interiormente,
Cree que el laurel de triunfo que conquista
La gloria misma lo tejió en persona
Aunque sabe muy bien que su corona
Salió del obrador de una modista.

IX.

Sueña con que su nombre
Dicho siempre entre muchas alabanzas,
Ha hecho concebir mil esperanzas
De que tenga la patria otro grande hombre.

Y de tan dulce sueño despertando
Y al despertar quedándose suspenso,
Se incorpora en el lecho meditando
Con un placer inmenso,
En que si la ansia noble que le apena
Llegase al fin á realizarse un dia,
Al corazon que ha consagrado á Elena
Su corona de poeta agregaria.

X.

Y Pablo, á quien le sobra
Fuerza y valor porque le sobra afecto,
Concibe en su interior un gran proyecto,
Y sin pensar en más lo pone en obra,
Llegando á tal estremo en su demencia
Y á tal punto llegando en su arrebato,
Que ha olvidado los libros y la ciencia,
Sin ver que está enfermándose de ausencia
Su pobre madre que le dice—*ingrato!*

XI.

Y es que aunque Pablo quiere á su familia
Con el afecto de un amor gigante,

Por mas que lo medita y lo concilia
Siempre halla que el esfuerzo que lo auxilia
Nunca llega á auxiliarle lo bastante;
Que en la eterna vigilia
En que vive soñando con su amante,
Esta, que toda su memoria llena,
Le hace olvidar la obligacion, de modo
Que él solo dice que ha pensado en todo
Si ha pensado en la gloria y en Elena.

CANTO SEGUNDO

LA CORONA SIN CABEZA

I.

Entre el canto primero y el segundo
Han pasado dos años,
Y como todo pasa en este mundo,
Que si en algo es fecundo
Es por desgracia eterna en desengaños,
Aquel monton de flores
Donde vimos dormir como en un nido
A nuestros dos hermosos soñadores,
Aquel monton de flores se ha perdido
Con la triste esperanza en sus dolores
De encontrar el remedio del olvido.

II.

Dos años han pasado,
Y el corazon de Elena está ya helado....!
Ella, que era tan buena,
Ya no es aquella Elena
A la que el pobre Pablo enamorado
Le consagraba en su ilusion serena
La gloria que aun no habia conquistado!
En la triste bohardilla
Que aunque muy miserable y muy sencilla,
Era en tiempos mejores
Todo un cielo de encantos y de amores,
Hoy, no se encuentra mas que el desaliento,
El tédio, la amargura, la tristeza
Y en medio de todo esto una cabeza,
Donde duerme muy triste el pensamiento.
Y así es que Pablo el que en su dulce encanto
No lloraba jamás con otro llanto
Que el llanto del placer y la alegría,
Hoy llora en su amoroso desencanto
Con el que antes de amar no conocia
Repasa una por una.
Aquellas dulces horas tan hermosas
En que despues de hablar de muchas cosas

Siempre olvidaban al partir alguna.
Al dar la media noche, vuelve aquella
Que por primera vez lo halló con ella
Y tropezando al delirar en eso
Con aquel lindo beso de aquel dia
Tan dulcemente en su memoria impreso,
Ni puede resistirse á enviarla un beso
Ni puede aborrecerla todavía....!

III.

—"Hacer, y hacer lo que hizo—"
Saltaba él sollozando de improviso;
—"Ella que era tan pura y cuya frente
Un cielo hermoso de virtudes era,
Tener que huir del mundo y de la gente
Como la infamia ó la traicion lo hiciera!
"Matar al sol para sus ojos bellos
Bajo la noche en que el dolor la abisma,
Y sintiendo las lágrimas en ellos
Envolverse la faz en sus cabellos
Con la vergüenza horrible de sí misma."
"Buscar en otro pecho las dulzuras
De que mi pecho rebosaba lleno,
Sin dejar á mi amor salvar del cieno
Sus alitas tan blancas y tan puras."

"Ay! cuando yo por alfombrar su huella
Si para alzarse al cielo hubiera sido
Con la paloma deshaciendo el nido
Hubiera dado el corazon por ella...."
Y Pablo en el dolor que le devora
De su vida ante el páramo desierto,
Se inclina y gime y langnidece y llora
Como deben llorar en l' última hora
Los inmóbiles párpados de un muerto,

IV.

A veces, muchas veces, Pablo suele
Con la ilusion de que esto le consuele
Buscar en el trabajo y la lectura,
Olvidando las penas de aquí abajo,
Esa tregua al dolor que la amargura
Encuentra en la lectura y el trabajo....
Coje los libros que en mejores dias
Formaban de su afan las alegrías....
Y abriéndolos por fin con el denuedo
De una resolucion bien meditada,
Despues de mucho leer y no leer nada
Concluye al cabo por decir—no puedo!—
Busca y toma en seguida
La misma pluma aquella,

Que de manos de Elena recibida
Le ayudó con los sueños de su vida
A escribir tantas páginas para ella....
La clava en el papel febricitante,
Como queriendo huir de su memoria,
Y tratando de hacer la de otro amante
Más la historia que escribe es semejante
A la historia de Elena y á su historia
Que aunque la buena lógica concluya
Que historia escrita así no ha de ser buena,
Raros serán los que al hacer la agena
No se acuerden un poco de la suya.

V.

Sea de ello lo que fuere,
Como Pablo no puede aunque lo quiere
Olvidar el recuerdo de la ingrata
Por quien conoce el pobre que se muere,
Pues conoce que eso es lo que lo mata,
Por cuantos medios le es posible cuida
De recoger noticias de su Elena,
No habiendo á quien informes no le pida
Sobre sí está contenta de la vida,
Sobre si es muy dichosa y si está buena.
Y cuando oyendo un dia sus preguntas

Le contestó abrazándole un amigo:
—No sueña la infeliz mas que contigo,
Y tus cartas las guarda todas juntas,—
Radiante de ventura al oir esto
De su amigo estrechándole se aparta,
Y nuevamente á la ilusion dispuesto
Con mano alegre y con alegre gesto
Cogió una pluma y escribió esta carta!
"Si fuiste cruel conmigo y si hubo un dia
En que apartando tu alma de la mia
Me hundiste en el dolor y en la tristeza,
En prueba de que mi alma te perdona
Te mando con mi amor esa corona
Que anhela por estar en tu cabeza....
Que pues en tu alma aun escondido tienes
Algo de aquel amor que me tenias,
Si yo la conquisté para tus sienes
En ellas debe estar y no en las mias."

VI.

Puso Pablo su nombre como un hombre
Que piensa decir mucho con su nombre,
Y despues de plegarla en tres dobleces
Y de leerla y leerla muchas veces,
Hallando en su ilusion que estaba buena

Puso en el sobre—á Elena—
Y en seguida radiente y satisfecho
Con un inmenso júbilo en el pecho,
Dando forma á una idea
Que en su amorosa sencillez se abona,
Exclamó contemplando la corona:
—Qué dichosa va á ser cuando la vea!

VII.

Y en tanto, aquella madre, aquella ausente
Sin consuelo ni alivio en su congoja,
Lloraba sola y sin tener ni una hoja
Que enlazar á las canas de su frente....
Cuán cierto es que en la vida aunque esto asombre,
En medio del placer y el regocijo,
Si el hijo no se olvida de que es hombre,
El hombre sí se olvida de que es hijo.

VIII.

Lo que el amigo aquel le dijo un dia
Al triste Pablo era una farsa impia;
Pues Elena la ingrata

Ni guarda aquellas cartas que decia,
Ni piensa en Pablo, ni el dolor la mata.
Que parecida en esto y semejante
A mas de algnna amante
A quien mirándose al espejo he oido
Parodiar con feroz desenvoltura
Una frase muy vieja de este modo:
—*No se ha perdido nada cuando todo*
Se haya perdido, menos la hermosura .—
La ingrata Elena como llevo dicho,
Sin huir de las gentes y del dia
Ni llora como Pablo suponia
Ni ha tenido jamás ese capricho.
Elena va al paseo
De lucir y brillar en el deseo;
Tiene palco en el teatro y no hay velada,
Tertulia, baile, aniversario ó fiesta,
A que oportunamente convidada
No se encuentre á asistir siempre dispuesta.
Si alguna vez lloró su desvarío
Recordando su falta y sus deberes,
Despues, y como todas las mujeres
En casos semejantes,
Ha olvidado su falta y su estravío,
Tratando á sus amantes con desvío
Y aprendiendo á olvidar á sus amantes.

IX.

De manera que Pablo, que en su anhelo,
Esperaba soñando con el cielo
Que su amante por fin le volveria
Todo el cariño y la pasion de un dia.
Con el cerebro ardiente
Y un monton de esperanzas en la frente,
Ansiando una respuesta
Que confirmara su ilusion no escasa,
Al entrar en su casa
Se halló un papel y en el papel con esta:—
"Como de aquí á dos meses
Que habré arreglado ya mis intereses,
Pienso casarme con mi primo Antonio
Que ha pedido mi mano en matrimonio,
Le ordeno y le prohibo,
Siendo esta la razon porque le escribo,
Que se vuelva á ocupar de la que un dia
Tuvo el capricho de quererle un poco,
Sin sospechar que le volviera loco
Su demasiado amor á la poesía."
"Respecto á su corona
Con la que dice usted que me perdona,
Es un obsequio cariñoso y blando

Que confieso en verdad que no merezco,
Así es que la agradezco
Y como no me sirve se la mando!"

X.

Cuando el triste de Pablo hubo leido
Por una y otra vez este recado,
Tan esperado como no temido
Viendo aquellos renglones
Que en cambio de su fé y sus ilusiones
Le brindan el escarnio y el olvido,
Lleno de ese profundo desaliento
Del que lo pierde en un momento
Cojió aquella corona sin cabeza
Fruto de su trabajo y su cariño,
Y llorando, llorando como un niño
Que de una falta grave se confiesa,
—"Oh! gloria!—dijo al fin—si hasta tu asiento
En una hora de amor y de atrevimiento
Soñé volar del mundo á arrebatarte
Uno de esos laureles con que el arte
Recompensa al trabajo y al talento;
Tú sabes bien oh! gloria
Que lo no hice por mí sino por ella;
Mas ya que ella tan dura como bella

Ha insultado mi fé y aun mi memoria
Que acaben mi laurel y el regocijo
Que sentí de ceñirmelo al anhelo....!—
Y deshaciendo su corona, dijo
Y la arrojó en pedazos por el suelo.

XI.

Despues, tranquilo ya, bajo la calma.
De otro cielo mejor y diferente,
Pablo, pensaudo en la que estaba ausente
En lugar de un laurel le mandó el alma!

EL TURCO

Del Bósforo vagaba en la ribera
De noche un turco de su bien distante,
Pálido de mortal melancolía;
Mal compuesto llevaba su turbante,
Y con voz angustiada así decia:

Aquí en la playa de los tristes mares,
Al resplandor de la callada luna,
Renacen en el alma mil pesares
Al recordar que la querida mía
Ausentóse llorando de mi lado,
Llorando inconsolable en su agonía.

Infeliz, agitado, sin consuelo,
Yo mismo me desgarro la honda herida
Que abrió en mi pecho el enojado cielo.
De borrasca en borrasca arrebatado
En medio de la angustia mas tremenda,
De la vida fatal corrí la senda,
Sin encontrar en mi dolor terrible
Algun amigo á quien volver la cara,

Que por piedad mis ojos enjugara.
¡Ay! ¡infeliz del que nació sensible!

Ora tal vez la hermosa en blando lloro
Mojará su blanquísima mejilla,
Y suelto al aire su cabello de oro,
Sobre la arena hincada la rodilla,
Acaso volverá sus ojos tiernos
Y entambas manos á esta triste orilla
O, qué sé yo, si al resplandor divino
De esa luna tranquila y apacible,
Asida al brazo de un rival amado,
Palpitará su corazon sensible,
Como otras veces palpitó á mi lado.

Desde la hora fatal de su partida
Devorado de bárbara tristeza
Busco la soledad mas escondida,
Visito á solas la musgosa fuente,
O recorro tal vez la playa ardiente
Que al lado frecuenté de mi querida.
¡Con qué placer pasábamos las horas
Oyendo de las aguas el estruendo,
Y el triste grito del alcion marino
Que revolaba sobre el mar tremendo!
Su blanca mano aquí coger solia
El nido de la acuática paloma.
O lazos á la tórtola tendia
Entre el junco flexible y amarillo.
¡Cuánto apreció sus inocentes juegos!
¡Cómo envidié su corazon sencillo!

¿Cómo se fueron tan hermosos dias?
¿Cómo en la playa me he quedado solo
Sin quien alivie las desgracias mias?
Mujer incomparable, ¿qué se hicieron
De aquella vida la quietud y encanto?
¿Cómo de un golpe para siempre huyeron,
Y me dejaron soledad y llanto?
Miro marchita de una vez mi gloria
Como la flor que deshojó el arado;
Yo era feliz, mas solo la memoria
Ora conservo de mi bien pasado.

Todo á tu lado era á mis ojos dulce:
Esa luna magnífica y radiosa,
Esos astros de luz, ese hondo cielo,
Ese ponto feroz que no reposa,
Esos grandes peñascos, ese suelo
Con sus aves, sus árboles y flores;
Todo me acompañaba en mi alegría;
Hoy todo me acompaña en mis dolores.
Tanto, sin tí, me agobian los pesares.
Que á veces en la noche me importuna
Ver levantarse la redonda luna
Allá detrás de los hirvientes mares
¿Qué me interesa en el distante cielo
El centellante Orion y Cinosura,
Si tan lejos estoy de tu hermosura,
Unico bien que sin cesar anhelo?
¿Qué me importa sin tí la blanca nube
Volando incierta por el aire leve?

¿Qué los grandes y verdes plantanares
Que fresco el viento vagaroso mueve,
Si nos separan los inmensos mares?
¿De qué me sirven los jacintos rojos,
El lirio azul y el loto de la fuente?
Si no los han de ver aquellos ojos,
Si no han de coronar aquella frente!
Ora tal vez en la ribera opuesta
Fijas la vista en esa luna triste,
Y sollozas al ver su luz funesta
Que allá nos alumbró cuando partiste.
Yo tambien la contemplo aquí á mis solas.
Y recuerdo tu llanto y agonía,
Y recuerdo que al golpe de las olas
Temblaba tu alma y á la par la mia.
Me acuerdo que tus ojos soberanos
Se clavaron dos veces en el suelo,
Dos veces se clavaron en el cielo,
Y alzaste juntas esas blancas manos

Nunca jamás me olvidaré en mis dias
De cuando hablamos por la vez postrera:
¿Me olvidarás por otra? me decias:
¿No llorarás por mí cuando me muera!
En tanto se agitaba tu semblante,
Y cambiaba de formas y colores,
Trémulo enmudeció tu labio bello
Las lágrimas rodaron de tus ojos,
Y en tu alba frente se erizó el cabello.
Inocente mujer, pura y amable,

La mas amable de tu sexo grato,
¡Cómo á mi corazon le fuera dable
Olvidarte por otra? ¿Cómo ingrato
Podré borrar de la memoria mia
Tanta ternura, gracias y recato?
Agitado me encuentran los luceros,
Y del ardiente sol la llama viva;
Siempre te busca el alma pensativa,
Y si descubro en mi fatal martirio
De tu pié delicado alguna huella,
Agitado de trémulo delirio
Mi llanto moja tu pisada bella.
Por piedad una lágrima te pido,
(Tengo hincada en el suelo una rodilla)
Una lágrima sola de ternura
En recompensa de mi fé sencilla;
Mientras que yo, sumido en mi tristeza,
Repaso á solas mi tremenda historia,
Y al repasarla traigo á la memoria
Tu dulce rostro y su fatal belleza.
Alzando á ratos mi semblante adusto
Pídole al cielo que dichosa seas,
Pídole al cielo que otra vez me veas
En la mansion espléndida del justo.

Del turco en tanto ya la voz desmaya;
Y al ver que el mar no cuida de su pena,
Váse á lo largo de la triste playa
Arrastrando el alfanje por la arena.

M. Carpio.

La muerte de Dido

SONETO

Viendo Dido al troyano, que inconstante
Se ausenta, y la abandona á su desdoro,
Gime bañada con ardiente lloro,
Y cambia de color y de semblante.

Por el palacio vaga delirante
Al contemplar ajado su decoro,
Y rasga el velo recamado de oro,
El velo azul, regalo de su amante.

Se pinta en sus miradas el despecho,
Y asaltada de lóbregas ideas,
Grita dos veces, y retumba el techo.

Manda encender las funerales teas
Y mortalmente se traspasa el pecho
¡Ay! con la espada de su ingrato Eneas

M. Carpio.

Las Aguas

SONETO

Manso el arroyo corre trasparente
En medio de sus fértiles riberas,
Y en su agua las palomas plancenteras,
Se bañan con la tórtola inocente.

Entre riscos derrúmbase el torrente.
Bajando de las altas cordilleras,
Y en su orilla magníficas palmeras
Se mecen al bramar de la corriente.

Cnando los huracanes se alborotan,
Los mares verdinegros y bravíos
Las corvas playas con furor azotan:

Los abismos descúbrense sombríos
Y espumas blancas de las olas brotan.
¡Grande es el Dios del mar y de los ríos!

M. Carpio.

Las aves viajeras

SONETO

Grato es ver las amables golondrinas
Trasportadas por Dios sobre los mares,
Venir á nuestros rústicos hogares,
Y anidar en los techos y en las ruinas.

Dios lleva las acuáticas gallinas
A las claras lagunas á millares,
Y las pardas palomas de collares
Que gimen tristemente en las encinas.

Y lleva sobre lagos y montañas
Los tordos en su céfiro sereno,
A vivir y cantar entre las cañas.

Cede á las aves campo y bosque ameno,
Las torna de las tierras mas estrañas,
Y las mantiene, como que es tan bueno.

M. Carpio.